

Reseña

Amor y Placer: El Camino hacia una Forma de Igualdad

Título: El nacimiento del placer: una nueva geografía del amor.

Autor: Carol Gilligan.

Edición: Paidós Ediciones, Barcelona.

Núm. de páginas: 267.

Año: 2003.

Esta reseña revela los elementos centrales de la obra *El nacimiento del placer: una nueva geografía del amor*, escrita por la psicóloga Carol Gilligan, mediante un análisis crítico de las relaciones que desarrollamos en nuestras vidas.

Una de las principales tesis que Gilligan trata en este libro es explicar que sin placer el amor es una representación del patriarcado. En su libro, la autora presenta una nueva manera de investigar la noción del amor que, a través de la historia, siempre va unido a la tragedia. Tomando como referencia las ideas de su libro anterior, *In a Different Voice*, donde analiza una manera distinta de categorizar la moralidad según el género, Gilligan explica que el amor está guiado por el placer, pero el amor sin placer produce la misma desigualdad que la historia basada en el patriarcado. En *a Different Voice* señalaba que las voces de la justicia y del cuidado juntas, muestran un nuevo marco para ayudarnos a afrontar una decisión moral. Las mujeres expresan la voz del cuidado para racionalizar decisiones morales y su capacidad de sacrificio por el “otro” o la “otra”, de cuidar a sus hijos, a su familia, a su pareja. Demuestra las razones por las que ellas han sido tradicional e históricamente relegadas a la esfera privada. Sus voces son silenciadas cuando ellas intentan demostrar sus sentimientos y consecuentemente esconden su placer. De acuerdo con esto, los estudios de Carol

Gilligan, según una “ética del cariño,” describen cómo las mujeres por su opresión histórica relacionada con sus tendencias a perpetuar características que son pasivas, y más cariñosas, usan un método distinto para afrontar un dilema moral. La voz del cuidado y del placer permiten a una sociedad democrática funcionar libremente. En sus investigaciones sobre niños y su experiencia en el campo de la psicología, la autora aporta mecanismos que permiten tener otra visión de la sociedad y de las relaciones humanas.

Divide su libro en tres partes. Empieza con la argumentación de lo que sería un mapa del amor, una geografía basada en los mitos, la literatura, la historia, la sociedad y la política. Todos estos aspectos formarían, conjuntamente, lo que denominamos relaciones interpersonales. Dichas relaciones construyen la base de nuestro comportamiento político. Finalmente, en su último capítulo explica la relación íntima entre el amor y la democracia. La democracia resulta de la participación de la propia voz de la gente que compone una sociedad. En nuestra historia, la voz de la mujer ha sido silenciada, y la voz pública ha sido representada por la población masculina. Por lo tanto, un amor libre que tiene pasión, nos permitiría distinguir la importancia de todos los miembros de la sociedad, porque supone un reconocimiento del otro y la otra, y la voz común que incluye a todos es la misma voz de la libertad que buscamos en una sociedad democrática.

El título que nos ofrece alude al mito que sirve de hilo conductor a todo el libro: la historia del amor entre Psique, una mortal, y el hijo de la diosa Venus, Cupido, también llamado, Eros o Amor (Gilligan, 2003: 206). Su historia representa el amor en forma de tragedia porque amar también es un sentimiento vulnerable y es humano. Dice Gilligan, hablando del mismo Cupido, “cuando no pude ver su humanidad ni hablar sobre ella, sobre su vulnerabilidad, nosotros perdimos una parte crucial de la historia, una historia que también trata de su madre y de las relaciones entre mujeres en un mundo en que una mujer debe sustituir a otra” (Gilligan, 2003: 206). Esta frase habla de la relación de amor y placer tanto en la relación de la pareja como en la relación entre padres e hijos. La autora pretende explicar, en este sentido, cómo el placer que aprendemos desde nuestra juventud es el placer de descubrir “qué yo soy yo”. Lo relacionamos con un estudio que realizó la autora con una chica de trece años que cuando tenía nueve años creía que era tonta, tonta porque su comportamiento era más sincero. Se puede interpretar que actualmente no muestra sus emociones honestamente. Su

desarrollo femenino ha sido conformado y modificado por la socialización y, en consecuencia, la libertad de mostrar su placer ha cambiado, según la normativa social.

En el primer capítulo, Gilligan añade a esta idea otra investigación sobre cómo las chicas durante la infancia y hasta los cinco años tienen menos tendencias a sufrir depresiones por ser más abiertas en sus sentimientos que los hombres. A esta edad es donde Freud sitúa la crisis edípica, en la cual el niño se enamora de su madre. Pero debido a la socialización de las mujeres, éstas aprendieron a ocultar sus sentimientos perdiendo lo que es el placer, el goce de disfrutar sin restricciones. Básicamente, el análisis de Gilligan se conecta con la preocupación de Freud por la característica masculina que se basa en la separación de la madre y cómo las mujeres de manera opuesta se sienten culpables por su género, por su sexualidad que no comparte los mismos factores biológicos que los hombres. Por lo tanto, la pasividad de las mujeres desarrolla una justicia y una moralidad que se sustentan en la “alteridad” más que una identidad egoísta.

Por lo tanto, Gilligan escribe que la masculinidad implica la capacidad de estar solo y la feminidad implica la voluntad de sacrificarse por el bien de las relaciones. *In A Different Voice* utiliza la misma comparación de la visión del cuidado que destacan las mujeres. La comparación que la autora utiliza para explicar esta distinción es la imagen de la madre y el soldado, “la pareja ideal de sacrificio” (Gilligan 2003: 18). La comparación demuestra lo que es una sociedad patriarcal. La madre sacrifica a su hijo por la patria y el soldado su vida, pero el reconocimiento popular hacia ella no es el que se merece. Psique tiene que hacer un sacrificio por tener una especie de amor innato, un amor ciego, como tenemos de niños, y cuando ve la cara de Cupido es como la primera vez que sabemos que nuestros padres son humanos. Este descubrimiento es el amor puro y es la base del placer.

Siguiendo esa noción, Gilligan en el segundo capítulo, “Regiones de Luz”, habla de sus experiencias con familias, señalando algunas reacciones de niños con sus padres. Específicamente, escribe sobre un niño que percibe que su padre tiene miedo del tipo de disciplina que mantiene con el hijo, especialmente si actúa de manera agresiva con él porque el niño piensa que el padre cree que el hijo va a crecer con tendencias violentas y el resultado sería pegar a sus propios hijos. El amor para este niño y para Psique no cambia con el descubrimiento de

las emociones del otro, porque la libertad de sentir es el placer. Dice Gilligan al respecto: “Todos conservamos imágenes de amor de la infancia, imágenes de las personas a las que quisimos de niños, así como cadencias del amor familiar que nos hacen vivir al son de una vieja canción” (Gilligan, 2003: 161). Igualmente, es curioso en este capítulo la manera en que Gilligan describe la relación de las madres con sus hijos, comparando la libertad de expresar sus emociones con ellos con la libertad de las mujeres de expresarse en un mundo donde domina el patriarcado. “Para una mujer, para cualquier mujer que viva en un patriarcado, resulta inmensamente liberador regresar o avanzar a una época en la que el amor no se ve fragmentado por la rabia, cuando el universo de la emoción regresa como un antiguo mundo en el que ella puede moverse con total libertad” (Gilligan, 2003: 75). Argumenta que un amor liberal en las relaciones de padres e hijos permite a los padres y a los hijos hablar sin prejuicios. Es la misma voz la que debe hablar en una sociedad democrática, o una sociedad que escucha las voces diferentes y las incorpora. Sin embargo, cuando las mujeres ocultan sus emociones con sus hijos muestran otra forma de opresión, y les enseñan cómo eludir sus placeres. La autora dice que es fundamental investigar las teorías de Freud, concentrándose en su historia de Edipo, para entender estas tendencias en el desarrollo humano.

En el capítulo siguiente explora la relación entre Anne Frank y sus padres, y la relación parecida que la autora tiene con sus propios padres. Anne llega a descubrir lo que es la libertad de amar a su padre y sentir rabia contra su madre. Gilligan cuenta que cuando ella misma era joven, perdió el amor por su madre cuando echó a su abuelo de casa, porque Carol Gilligan llegaba a la edad de empezar a ser una mujer. Su madre, como las mujeres de una sociedad patriarcal, pierde lo que debe ganar en una relación de amor, su identidad. “Una historia de amor no trata de la pérdida de identidad, sino del descubrimiento de uno mismo” (Gilligan, 2003: 167). La madre de Gilligan cuando cambia de Mabel Caminez a la señora Friedman, es decir cuando se casa, cambia su voz. Gilligan describe esa voz en su libro anterior, *In a Different Voice* como la voz que las mujeres deben cultivar y no cambiar, es la voz representativa de las mujeres.

Esto tiene importancia cuando se considera la hipótesis propuesta por Betty Reardon, de que los hombres se sienten vulnerables debido a su atadura original a su madre y neutralizan esto creando una noción de

seguridad basada en la dominación y destruyendo la imagen del enemigo (Martínez Guzmán, 2001: 177). Esta imagen del enemigo identifica a las mujeres de nuevo como “la otra” de la sociedad por su pasividad que da lugar al resultado de su naturaleza pacífica. Este factor afecta su papel en la sociedad y permite que tengan una visión moral que vincula la seguridad con una ética de cuidado y no una justicia basada en una seguridad más egoísta y agresiva. Además, piensa que hay una relación entre el sistema de la guerra y el sistema patriarcal que domina la sociedad; el sistema en el cual los hombres se socializan para ser guerreros, y socializan a las mujeres para ser víctimas (Reardon, 1985: 42).

Pero, como cuenta Gilligan al final su libro, es este amor, el reconocimiento del otro, de la otra, del extraño, el que tenemos que incorporar a la democracia y renunciar a un sistema patriarcal. La imagen que describe de su madre, es la misma que presenta Gilligan en el mito de Cupido y Psique. Psique no quiere perder su ser, tratando de imitar, por su parte Venus, y es esta doble visión e imagen que las mujeres tendrán que evitar y sus voces las que deben incorporar. “Liberar la voz significa liberarse de uno mismo, y con esta libertad es posible tomar decisiones sobre la expresión y el silencio” (Gilligan, 2003: 122). Venus prefiere negar el amor entre Cupido y Psique, que escuchar la voz del placer que muestran los dos.

Gilligan utiliza los mitos de Psique y Cupido, y de Helena de Troya para explicar el papel de la mujer en la sociedad, cómo ellas sacrifican y sufren por el amor. Describe que algunas de las chicas que ha entrevistado muestran una resistencia al sacrificio personal, pero que esta resistencia es contra el comportamiento que el Estado les impone y que se convierte en una amenaza política que cambia sus relaciones con los otros. Las chicas al final ocultan sus sentimientos de placer y amor, y forman una imagen que no les permite actuar de acuerdo con lo que ya saben, piensan y sienten. Psique resiste sus sentimientos para actuar según las instrucciones de sus hermanas, pero se da cuenta que el placer que sentía por Cupido era un verdadero amor, y es este placer sexual el que también muestra Helena. Ambas se convierten en la imagen de la mujer mala. Gilligan comenta que las imágenes dominantes de las mujeres “idealizadas y degradadas reflejan una pérdida crucial de la relación de este género” (Gilligan, 2003: 140). La autora vuelve a discutir que las mujeres niegan la sensualidad y el placer, y, por lo tanto, niegan lo que “son” para presentar lo que deben

ser. Gilligan acusa indirectamente a su madre de caer en la misma trampa por no dejarla vivir con su abuelo. Las mujeres jóvenes pierden el placer en las relaciones viviendo con base en sus obligaciones, tradiciones, y por su vulnerabilidad y vergüenza no cultivan lo que tienen por dentro. Las esposas y las madres de los estudios de Gilligan revelan la frustración que sienten porque mantienen relaciones vacías con sus parejas. Explica y vincula estas relaciones como un espejo de las existentes entre madres e hijos, y afirma lo que Cupido muestra, una relación con la pareja para reemplazar la de la juventud. Al final Cupido, como Dan, el esposo de Jude, en un estudio de la autora (Gilligan, 2003: 52) oculta su amor y niega su propio placer por ser el niño herido por su madre.

Otro ejemplo ideal en la literatura que la autora utiliza para describir la relación entre amor y placer es la novela *La Letra escarlata*, escrita por Hawthorne. La obra capta los elementos de la sociedad que llevan el placer y el amor, y analiza cómo el Estado y la socialización interrumpen las relaciones entre personas y las ponen a un nivel político. Hester y Dimmesdale sostienen una pasión oculta pero es Hester quien es considerada como la mujer mala, porque muestra su pasión y su placer. Ella es la más fuerte de la pareja, pero es la que debe tener vergüenza por su propio placer. Dimmesdale como Cupido al principio, no lucha por su amor, los dos quedan detrás de una cortina impuesta por la sociedad. Pero en el descubrimiento de su amor, Cupido a diferencia de Dimmesdale, reconoce a Psique y ellos llegan a tener una relación de familia con su hija, mientras Hester es rechazada, y Perla no recibe la oportunidad de conocer a su padre. El nacimiento de Placer, la hija de Psique, e irónicamente el título del libro, muestra una culminación de amor, y el matrimonio de Psique y Cupido está visto como un amor liberador de la opresión. La libertad de amar es lo que tienen que descubrir todas las mujeres, y que al final descubren Psique y Cupido. Este amor es lo que inspira a Gilligan una sociedad justa y una democracia.

En el último capítulo Gilligan vuelve al análisis psicoanalítico que propone Freud como ejemplo del desarrollo de la psique humana, pero dice que hay que romper esta parte del patriarcado y centrarse en la voz de la mujer, una voz que representa la voz del extraño. Hay que recuperar dicha voz en toda la sociedad, la voz es también la de las sociedades poscolonizadas. Volviendo al primer capítulo, las sociedades colonizadas lucharon por la libertad. Ésto nos hace

reflexionar sobre las relaciones entre el género y la desigualdad. Gilligan escribe también sobre la esclavitud en los Estados Unidos antes de la Guerra Civil y los movimientos de abolición y el feminismo. Los dos movimientos muestran un papel muy importante de la mujer y la forma en que ellas han luchado contra el racismo y el patriarcado con una resistencia no-violenta. Los dos movimientos buscaban la misma respuesta; pero, como explica Gilligan, el movimiento feminista fue recibido con menos respeto, porque el placer fue “más candente en la nueva república” (Gilligan, 2003: 27). Las mismas mujeres estaban contra los ideales feministas. Su resistencia muestra una reflexión del poder del patriarcado, y esa resistencia explica las razones por las cuales las mujeres aprenden y piensan que deben ocultar sus placeres para mantener una imagen que está diseñada por la parte masculina de la sociedad.

Gilligan escribe sobre el novelista Damasco que muestra también el amor trágico y sobre el *Paciente Inglés* que presenta el placer como liberador al amor, como ejemplos de la literatura poscolonizada. Todos estos ejemplos, junto con los anteriores, condicionan una geografía del amor, explicando la geografía del amor trágico como resultado del placer oculto. La culminación del libro, a través de los mitos, la literatura y la historia nos propone un mapa para encontrar el amor.

Las conclusiones de Gilligan aportan mucho a nuestra filosofía para la paz. Sin embargo, el contenido debería resaltar más las voces del mapa y las posibilidades políticas de la democracia. La relación que propone entre amor y democracia consiste en la conjunción de los valores que forman una relación. Por tanto, se convierten en la voz de la democracia que mueve la sociedad y debe ser la voz común. Gilligan declara, “a medida que cambian las resonancias de nuestro mundo en común, a medida que aumenta el número de voces de las conversaciones humanas, re-escribimos nuestra historia colectiva, nuestra Historia, y nos oímos y nos vemos a nosotros mismos y vemos al otro de forma distinta” (Gilligan, 2003: 207). Hay que entender la relación entre poder y amor para cambiar las desigualdades políticas, para crear una sociedad establecida por la democracia. Gilligan nos dice que es encontrar el placer y cultivarlo, lo que permite un amor de libertad, el mismo amor que está abierto a todos y que incluye a todos. Finalmente, basada en las teorías de Reardon, podemos considerar el amor que sugiere Gilligan como ejemplo del *Feminismo como Nuevo Humanismo*, un amor que ocupa una ética del cuidado y que considera

cada persona en una sociedad democrática. Al final, la autora indica que ya tenemos el mapa y que hay que utilizarlo para llegar a nuestro destino.

epd@uji.es

Dolores C. Apanewicz. Investigadora Cátedra UNESCO de Filosofía para la Paz